

pel, este lo comunicaría á la madera, y ésta á su vez, á la pólvora, que lo llevaría á los cartuchos, á las barricas y á los cajones encerrados en el taller; mientras que el que hubiera puesto fuego, tendría lugar de ponerse á salvo.

Lo que hubiera ocurrido después de volar el taller, no es fácil decirlo; pero acaso cundiendo el fuego, podría haber desaparecido la Ciudadela.

Comprendiendo el peligro, y sospechando de los Austriacos, para impedir que entraran me coloqué en la puerta del almacén mientras llegaba la hora de cerrar los talleres.

Cuando esto se verificó, puse el mayor cuidado en que no quedase en el recinto ninguno de los prisioneros, pedí orden al oficial de la guardia para que no consintiera que se aproximaran á la fortificación ni los Oficiales ni los soldados, que no volverían más al trabajo.

En la noche di conocimiento de lo ocurrido al Gobernador del Estado, suplicándole que no volviera á enviar aquella gente.

La falta de ella, no obstante, se dejó sentir, y por algunos días Zenea, el Ayudante Arceo, el guarda almacén y yo, trabajamos personalmente en llenar y empa-car cartuchos de cañón.

A proporción que se reunía una cantidad regular de municiones, se enviaba al ejército en carros del comercio.

Benito Zenea, que marchó con uno de estos convoyes, me dió parte desde el Saltillo, que al componer la carga, en uno de los carros halló entre los cajones algunas cajitas de cerillos.

El Capitán Enkeen que llegaba de Texas con un cargamento de pólvora, después de dejar una parte de ella en Monterrey, debía continuar con dos carros para incorporarse al ejército. Los envases estaban tan maltratados, que juzgué peligroso que continuara su camino sin hacer algunas reparaciones. Ocurrió al Gobernador con objeto de que proveyese de lo necesario para componer los envases, y abrigarlos de la mejor manera; pe-

ro lo único que pude conseguir fué que diera algunas piezas de manta para forrar las barricas, cosa ineficaz para sujetar las duelas que se separaban.

Cerca de Morterillos, á dos jornadas de San Luis Potosí, los carros se incendiaron, pereciendo los conductores y las mulas; salvándose el Capitán Enkeen y el dueño de los carros, por haberse adelantado á almorzar al pueblito.

Con las dificultades apuntadas y otras de distinto género, tenían que luchar los que combatían por la causa de la República.

Yo seguía trabajando y haciendo remisiones al ejército, cuando recibí una carta del General Paz, fechada en San Luis el 6 de Febrero de 1867, en la que entre otras cosas me decía:

“Quedo impuesto de todos los inconvenientes que se le presentan para activar la conclusión de los trabajos que le encomendé. Puede usted dejar á Mendoza la comisión de recoger lo que no esté concluido, y usted, con todas las municiones de artillería é infantería que estén listas, emprenda su marcha para ésta, donde lo necesito con urgencia. Es mejor que luego que el convoy esté en marcha, usted tome la diligencia para que llegue más pronto.”

Con fecha 18 de Febrero me decía el mismo General Paz lo siguiente:

“Es importante para el servicio que se venga usted lo más pronto que le sea posible, pues me hace usted falta por acá. Respecto de Mendoza, déjelo usted allá que haga lo que quiera, pues aquí no nos serviría de nada.”

Con fecha 3 de Mayo me escribía desde San Miguel de Allende lo que copio:

“Hoy he tenido el gusto de recibir su grata de 24 del próximo pasado, en la que me dice que se disponía á ponerse en marcha para incorporarse. Deseo que sea cuanto antes, pues me hace usted notable falta.”

El General en Jefe, con fecha 18 de Febrero, me decía:

“Doy á usted las gracias por sus felicitaciones, y puede usted estar convencido que á su celo y actividad se debe en parte el feliz éxito que hasta ahora se ha obtenido, pues nos ha facilitado los materiales principales. El General Paz dará á usted las órdenes de marcha para que continúe prestando sus importantes servicios.”

El Gobernador de Nuevo León, contestando á mi oficio de despedida, me decía lo que copio:

“He recibido el inventario que adjuntó á su oficio fecha de ayer, y en contestación debo decirle que supuesto que es llamado por el Comandante General de artillería del ejército del Norte, el Gobierno le da las más expresivas gracias por el tiempo que ha estado dirigiendo con buena inteligencia y nada común actividad, los trabajos de Maestranza de esta ciudad, y le dejo expedito para que se ponga en marcha por la diligencia que saldrá el miércoles.

Monterrey, Marzo 3 de 1867.”

Cumpliendo con las órdenes recibidas, me puse en marcha por la diligencia el día 6 de Marzo, llegando el 10 á San Luis Potosí y saliendo el 12 en compañía de los Licenciados D. Juan José Baz, D. Cipriano Robert y otros varios republicanos.

Al pasar por Dolores subieron al carruaje un Oficial y varios rifleros que se colocaron en el techo, metiendo al coche unos tres mil pesos en moneda de cobre, de lo que resultó la diligencia excesivamente cargada.

Al caer la tarde, bajando la cuesta de Santa Rosa, se desgranó una de las ruedas delanteras, por cuya causa el vehículo dió una vuelta entera, lastimándose gravemente uno de los hombres que venían en el techo.

Yo tomé mi saco de viaje, y me puse en marcha pié á tierra, atravesando arroyos y pedregales, hasta llegar, ya de noche, al pueblo de Santa Rosa, donde conseguí con mil trabajos que el Alcalde me proporcionara un caballo y un mozo que me sirviese de guía hasta el campo, y se volviera con el animal.

Pasada la media noche llegamos á la hacienda de Carbajal. Mucho trabajo me costó dar con el alojamiento del General en Jefe, porque nadie me daba razón donde estaba, hasta que casualmente encontré al Teniente Coronel D. Platón Sánchez, que me dijo se hallaba en la hacienda.

Me presenté al General dándole parte de lo que había ocurrido á la diligencia, y anunciándole que conducía tres mil pesos en cobre para el ejército. Inmediatamente dispuso que saliese un carro para recoger el dinero, manifestándome que podía entregarme al descanso. En consecuencia, puse mi saco en tierra y me acosté, durmiendo lo que quedaba de la noche.

Al día siguiente muy de mañana noté que todo el mundo ensillaba sus caballos y que las tropas cercanas á la hacienda se ponían en marcha.

Alarmado por estos movimientos, no pude menos de manifestar al General Escobedo que me hallaba completamente inutilizado, puesto que no tenía mozo ni caballo, y que no creía justo que me dejaran en la hacienda cuando ellos iban á combatir.

Me contestó el señor Escobedo que no tuviese cuidado, que no iba á ejecutar más que un movimiento de concentración, aproximando las tropas á Querétaro; que después habría tiempo para que yo me pusiera en disposición de poder prestar mis servicios.

Quedé un tanto consolado con la respuesta del General, aunque triste al verme solo en la hacienda, de donde todos habían marchado.

Poco me duró la conformidad, porque comencé á oír un vivo fuego de artillería, y subiendo á la azotea, pude ver los polvos que en distintas direcciones levantaban las columnas que se acercaban á Querétaro.

Me hallaba, pues, con una disposición de ánimo muy poco agradable, por la posición crítica en que estaba, cuando entró en el patio de la hacienda un grupo de gente á caballo.

Eran algunos administradores y dependientes de las haciendas inmediatas, que iban á presenciar la batalla.

Por fortuna mía, entre los curiosos se hallaba mi amigo D. Federico Casina, quien impuesto de mi mala situación, hizo apear á un mozo y me ofreció un caballo, pequeño, pero muy vivo, que yo acepté con mucho gusto.

Una vez montado, como los del grupo desearan aproximarse hasta cierto punto, al lugar del combate, me pareció oportuno que subiéramos á un cerro que se alza detrás de la hacienda, con el objeto de descubrir terreno, pues habiendo llegado de noche, no conocía yo la topografía del lugar en que me hallaba,

Al llegar á la cumbre comenzamos á oír muy cerca disparos de cañón, y á poco, en la falda del cerro, descubrimos unos cuantos infantes y un cañón que hacía fuego. Acercándome á él, encontré que lo mandaba un Oficial americano, al cual me dí á conocer, y le pregunté que á donde dirigía sus punterías. Me contestó, señalándome una línea de caballería que se extendía detrás de una arboleda, entre la garita de Querétaro y el cerro de las Campanas.

Después de haber dado fuego y visto el efecto del proyectil, puse pié á tierra y tomé la dirección del cañón. Desde luego noté que los cartuchos, que eran de pólvora de caza, tenían mayor diámetro que el ánima de la pieza, que era de á 12. Se necesitaba romper la lanilla con una navaja y derramar á ojo la cantidad de pólvora suficiente, para que pudiera penetrar el cartucho. No pude menos de preguntar el origen de aquellos cartuchos, y se me dijo que provenían de Durango.

Aunque la línea que se batía quedaba á una distancia considerable, tuve la buena suerte que desde los primeros disparos comenzaron á rebotar las balas entre los caballos. Como este resultado entusiasmó á los artilleros, y además yo los excitaba, apenas disparaba el cañón cuando ya estaba cargado de nuevo. Esto fué causa de que á los cuatro ó cinco disparos se advirtiera gran confusión en la línea enemiga y que por un momento abandonara su posición, suspendiendo yo el fuego en consecuencia.

Vuelta á formar la línea otras dos ocasiones, tuve el gusto de que se repitieran las mismas escenas, hasta que habiendo pedido municiones, me mandó decir el Comandante del parque que ya no quedaban más que siete cartuchos con bala de á 12, que eran los que me enviaba.

En vista de esto, previne al Oficial que reservara aquellos cartuchos con la metrala que tenía, para defenderse en caso de ser atacado.

Dejé á mi amigo Casina con sus compañeros, y descendí del cerro para acercarme al de San Gregorio, que acababa de tomar el General Escobedo.

Una vez en el llano, juzgué más acertado ir por el camino real, lo que verifiqué sin contratiempo, hasta llegar á la vertiente occidental de las lomas, ó cerro de San Gregorio, donde me detuve un poco para ver el resultado que tenía una columna de caballería nuestra, que se había adelantado hacia el lugar en donde estaba la línea enemiga, á quien el cañón de á 12 había hecho fuego. Desde el cerro de las Campanas, que quedaba á la derecha, hacían fuego de cañón hacia aquella columna de caballería, cuyos heridos eran conducidos por el camino real. Uno de ellos, que era llevado en una manta por cuatro dragones, pregunté quien era, á lo que me contestaron que un señor Coronel de Chihuahua; que no sabían como se llamaba, pero que ya iba muerto.

Luego supe que era el Coronel D. Francisco Nieto, amigo mío de la juventud, á quien hacía veinte años que no veía.

En el sitio en que yo estaba había una columna de infantería pecho á tierra, y dos piezas de montaña que mandaba el Teniente Carrión; pero como allí la arboleda del camino es bastante frondosa y las tropas se habían colocado del lado opuesto del cerro de las Campanas, no podían ser vistas, y aunque la artillería disparaba mucho hacia aquel rumbo, no ocasionó desgracias ningunas, en el rato que permanecí allí.

Subí en seguida al cerro de S. Gregorio, con objeto de buscar al General en Jefe, y cuando lo hallé, me

quejé con él por el abandono en que me había dejado, á lo que me contestó que no había sido su ánimo atacar aquel día, pero que se había visto precisado á hacer una diversión por aquel rumbo, con objeto de llamar la atención del enemigo y libertar de este modo al General Corona, que se había comprometido imprudentemente, lanzándose sobre el convento de la Cruz.

El resto del día 14 se pasó en ligeras escaramuzas sin emprender nada serio sobre la plaza, y sí procuran- do cada uno afirmarse en la posición que había conquis- tado.

El día 15 ocurri al parque general, y pedí una rela- ción de los consumos habidos el día anterior, y de las existencias.

Estas últimas arrojaban las cifras siguientes:

Cartucho con bala para cañón de á 8L.....	56
Id. granada obús de á 12 montaña....	40
Id. metralla para Id. Id.....	106
Id. bala para fusil de 15 adarmes.....	58,000
Id. Id. para carabina Spenser.....	30,000

Como se vé, los calibres que no constan, tanto de arti- llería como de armas portátiles, carecían absolutamente de municiones en el parque general.

Las acciones de San Jacinto, la Quemada, y la del día anterior, habían consumido la mayor parte de las municiones, no quedando otras que las que conserva- ran los cuerpos en las cartucheras, y la artillería en los cofres.

Alarmado con semejante estado de cosas, corrí á dar parte al Comandante General de artillería, quien sor- prendido también, me hizo que le acompañase á ver al General en Jefe.

Este señor no quedó menos azorado de la situación, pues si el enemigo emprendía una operación cualquiera, aun cuando el resultado fuera favorable para nuestras armas, la consecuencia inmediata sería forzosamente que se levantara el sitio de Querétaro.

Después de conferenciar un rato, el General Escobe- do preguntó al General Paz que cuál era el remedio que hallaba á la situación, á lo que éste contestó que no hallaba otro, sino que yo marchase inmediateamente á San Luis Potosí, á hacerme cargo de la construcción del material de guerra, lo que aprobó el General Esco- bedo, dándome orden de que me pusiera inmediateamen- te en camino, llevando las comunicaciones correspon- dientes para el Gobierno.

Aquella misma noche salí del campo en la diligencia, corriendo algún peligro, porque los caminos se hallaban infestados de gavillas de ladrones.

Llegué á San Luis Potosí, sin novedad, el día 17 de Marzo en la tarde.

Inmediateamente me dirigí á Palacio, y me hice anun- ciar con el Ayudante de guardia. El señor Presi lente, que creyó sin duda que yo le iba á hablar para algún asunto mío, aunque nunca lo había hecho, me mandó decir que volviera en otra ocasión, pues se hallaba su- mamente ocupado.

Le dije al Ayudante que le hiciera presente que no trataba de hablarle para asunto personal, sino del servi- cio, pues venía del campo de Querétaro con comunica- ciones del General en Jefe.

En el acto me hizo entrar, recibió las comunicaciones que para él llevaba é impuesto pormenorizadamente del estado que guardaban las cosas en Querétaro, y de la comisión de que yo iba encargado, me mandó con el Ministro de la Guerra, á fin de que diera las órdenes necesarias para expeditar mis trabajos.

En la misma noche se enviaron á la casa de diligen- cias algunos miles de cartuchos de armas portátiles que había construidos, para que el coche los condujese al campo al día siguiente.

El Ministro de la Guerra mandó publicar la comuni- cación que copio:

“Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.

En las operaciones de nuestro ejército sobre la plaza de Querétaro, en que se halla Maximiliano con sus principales Jefes, y en donde tenemos toda probabilidad de destruir al enemigo y de decidir en nuestro favor la gran lucha que la Nación ha sostenido con tantos sacrificios como constancia, ha tenido lugar el día 14 del corriente un hecho de armas que duró ocho horas y en que nuestras tropas se distinguieron y le tomaron al enemigo las fuertes posiciones del cerro de San Gregorio. Posteriormente se ha continuado el sitio sin que ocurra nada particular, pues las noticias que transmitió por extraordinario el Gobernador y Comandante Militar de Guanajuato sobre nuevas adquisiciones hechas en los días siguientes, y que hoy se publicaron aquí en un alcance del periódico "La Sombra," no fueron confirmadas."

"Como en la función de armas referida se ha consumido bastante parque, y diariamente se gasta alguno en el sitio por las fuerzas que lo sostienen y las que se les aumentan de momento á momento, ha mandado el General Escobedo al Coronel Balbontín para que se construya aquí y se le remita cuanto sea posible, ya de cañón como de fusil. Así va á verificarse; mas no considerando suficiente este depósito, hoy pide á usted el citado Balbontín lo que necesita de esos almacenes, y que recomiendo á usted remita sin tardanza, en carros cargados á la ligera para que abrevien sus jornadas."

"Lo digo á usted de orden del Presidente de la República para su cumplimiento, encargándole que mande por el correo notas anticipadas de las remisiones que haga."

"Independencia y Libertad.

"San Luis Potosí, Marzo 17 de 1867.—MEJIA.

"Ciudadano Gobernador y Comandante Militar del Estado de Nuevo León, Monterrey."

Desde el momento me dediqué á activar los trabajos de construcción, contando con los auxilios que debían impartirme tanto el Gobierno General como el Gobernador del Estado, y con la eficaz é inteligente ayuda del Jefe de división de P. M. F. D. Alejandro Pezo.

Desgraciadamente los recursos se escaseaban, y no se daba á la necesidad apremiante de municiones que había en Querétaro toda la importancia necesaria.

Sin embargo, se establecieron los trabajos de día y de noche, sin interrupción; se contrató la entrega diaria de pólvora, con cinco ó seis fábricas de particulares, vigilándolas para que no cambiasen las dosis que se les había designado; cuando se inutilizaron las pailas en que se fundía el plomo, se apeló á unas cacerolas de fierro que habían dejado los austriacos, las que apenas resistían cuarenta y ocho horas de trabajo; se encargó madera de diferentes clases á distintos puntos, por no haberla en San Luis; y á Durango, la fundición y envío de proyectiles para artillería.

Desde mi llegada á San Luis procuré mandar al ejército que operaba sobre Querétaro, la mayor cantidad de municiones que fuese posible. Las diligencias, en vez de llevar pasajeros, iban cargadas de cartuchos para armas portátiles y de efectos de poco volumen, como fuegos artificiales etc., Además, cada semana hacía salir un convoy de carros, conduciendo artillería, municiones para la misma arma, armamento y efectos de respeto.

De esta suerte llevaba la cuenta de lo que iba en camino y la fecha en que debería llegar al campo. Pero mis esfuerzos no eran bastantes para salvar la crisis por que pasaba el ejército delante de Querétaro, por la dificultad en que me hallaba de conseguir los recursos con tanta abundancia como se necesitaban.

Recibía frecuentes noticias del campo, sobre la escasez de municiones. Ocurría al Ministro de la Guerra, que se hallaba enfermo en cama, y me decía que no se podía hacer más de lo que hacíamos, y que el que hacía todo lo que podía no estaba obligado á hacer más. El Gobernador se reía cuando le mostraba los consumos que tenían lugar en los distintos combates, y me decía que aquellas eran exageraciones. *pues que ni en Waterloo se habían consumido tantos cartuchos.*

Algunas veces en que iba yo en demanda de plomo, se me entretenía hasta el sábado en la noche; para dar-

me la orden á fin de que lo entregara la casa de Chavot, la que por ningún motivo consintió jamás en abrir sus almacenes en domingo, perdiéndose así un tiempo precioso.

Hasta entonces había ocurrido que á cada salida que hacían los imperialistas, quedaba el ejército sin municiones; pero las diligencias que iban llegando, y los convoyes de carros, ponían á los pocos días á los sitiadores en aptitud de sostener un nuevo combate.

Mas yo temblaba al considerar que les pudiera ocurrir á los imperialistas hacer salidas en dos días seguidos, en cuyo caso no habría más remedio que levantar el sitio.

Pensaba, y con razón, que si tal cosa se llegaba á realizar, á mí se me echaría la culpa del fracaso, sin considerar la imposibilidad en que estaba de hacer más fructuosos mis trabajos.

Tal era la lucha que mi espíritu sostenía, que acabé por ser atacado de ictericia. No obstante, sin hacer caso de la enfermedad que diariamente hacía progresos, continuaba trabajando con el mayor afán.

Para dar idea del estado de las cosas en Querétaro, bastará que copie algunos párrafos de las cartas que me dirigía mi amigo el Teniente Coronel D. Benito Zenea.

Con fecha 27 de Abril me decía:

“Yo estoy *tamañito*, temiendo que no podamos siquiera resistir otro ataque, ya no por tantos inconvenientes con que contamos, sino porque, por ejemplo, ahora en los momentos en que el fuego era más vivo, al terminar, sólo quedaban en todo el parque cuatro mil cartuchos de quince adarnes.”

Con fecha 30 de Abril escribía:

“De prisa, por supuesto, escribo á usted ésta para anunciarle un poco de lo de hoy. Antes de medio día el enemigo batió nuestra línea de Oriente por la derecha, teniendo como punto de apoyo la iglesia de San Francisquito. Intentaba una salida como la del 27, pero aunque extendió su ataque en los mismos términos del otro día, encontró firmes á los nuestros, y después

de hora y media en que se convenció que se le esperaba, retrocedió en desorden para sus posiciones.”

“Se elogia la conducta de las fuerzas de Riva Palacio. En el combate murió el Coronel D. Luis Carrillo, Jefe de un batallón de Toluca. Miguel Palacios, Coronel del 1.^o de Nuevo León, fué levemente herido. *Su batallón agotó sus municiones en los momentos de estar enfilado por el enemigo; y sin embargo, no se movió nadie, esperando sólo con la bayoneta.*”

En fin, en otra carta me decía:

“Como siempre, por supuesto, mi temor eran las municiones. Figúrese usted que á los cuerpos de Cervantes que estaban combatiendo tuve que enviarles Enfield para fusiles, de á 15 adarnes porque no había de otros..... Por fortuna hemos recibido la última remesa que usted envió, y eso me ha tranquilizado un tanto; pero como veinticuatro horas las pasamos á obscuras de todo.”

Conociendo el General Escobedo las escaseces con que yo luchaba, me remitió una libranza de mil pesos para que atendiera con ellos á las cosas más urgentes; pero sin que lo supiera el Gobierno, porque me escasearía más los recursos.

Cuando los hube gastado le remití la cuenta justificada, á lo cual me contestó:

“En contestación á su apreciable de fecha 30 del próximo pasado Mayo, le diré á usted que demasiada confianza me ha inspirado siempre, y por consiguiente, creo innecesaria la revisión de sus cuentas.”

Y el Gral. Paz, de oficio:

“Tengo el gusto de acusar á vd. recibo de la cuenta justificada que rinde de los mil pesos que el C. General en Jefe remitió á vd. para gastos del parque. Dicha cuenta, original la he pasado al C. General en Jefe.”

Con fecha 20 de Marzo me había escrito el mismo General:

“Usted, con el perfecto conocimiento que tiene del material que aquí y en el parque general existe, puede determinar el envío de artillería de batalla para reemplazar la de montaña inutilizada.”